

El cuento del tío:

El Censo

Tatake Uno es, desde siempre, la cabeza de La Orden, la organización integrada por otros doce hombres que gobierna la Tierra a partir del llamado Censo Global que se realizó, según cuentan los Anales Históricos, en el año 2.080.

Esto de «desde siempre» quiere decir simplemente que Tatake Uno, supuestamente un producto de la Criogenia Aplicada, muy de moda en la segunda década del siglo XXI, configura un personaje increíblemente poderoso y enigmático, pues no tiene un origen conocido; nadie conoce su nombre verdadero ni su edad. Tampoco hay referencia alguna acerca de su personalidad. Sin embargo, todo está aparentemente bien, porque, según el Estatuto General, máximo manifiesto vigente, está prohibido averiguar cuestiones personales y son de interés únicamente los acontecimientos por venir. Además Tatake Uno cumple sus funciones de líder indiscutido con ejemplar eficiencia, tal como si fuera en verdad un robot como los centenares que se ocupan de la buena marcha de La Orden, que atiende asuntos de tan magna importancia como el gobierno del planeta.

Incidentalmente se podría señalar que la criogenia había hecho posible que en 2.055 y después, ciertos individuos acaudalados de segunda o tercera edad, se acostaran en los sarcófagos de la Academia de Ciencias de Cincinnati, a temperaturas de más de 70 grados bajo cero y previa la programación de rigor, para resucitar, unos después de 50 años y otros mucho después, según su propia elección.

En el presente, año 3018, es un rumor aceptado que Tatake Uno, era un descendiente colateral del gran sabio inglés, el Dr. F.E. Lawson, que allá lejos, en el año 2.001 dijo solemnemente en un Congreso de Expertos en Economía Animal que:

«Un hombre que pese unos 70 kilos, tiene bastante grasa para hacer 7 jaboncillos, carbón para 9.000 lápices, fósforos para 2.200 cabezas de cerillos, magnesio para una dosis de sales, hierro para un clavo de 3 pulgadas, cal para blanquear un gallinero, azufre para librar de pulgas a un perro y agua para llenar un barril de 40 litros».

Además dijo que el hombre es el único animal que reza y llora y tiene motivos para hacerlo. Sea como fuere, Lawson, como médico, biólogo y naturalista, en el Tratado de su autoría sobre el Destino del Hombre, había formulado muchas teorías y escrito con apoyo de experimentos de laboratorio una serie de ensayos acerca de la Criogenia Aplicada y la Eutanasia como remedio a la explosión demográfica que azotaba al mundo al concluir la Cuarta Guerra Mundial y las quinientas revoluciones y guerras entre naciones de esa época negra de la historia.

Ahora bien, todos sabemos que el Censo Global ejecutado por las extintas Naciones Unidas en 2.020 había dado como resultado una escalofriante cifra de 40.000 millones como población mundial. Eran tantos nuestros antepasados que no había alimento ni aire puro suficientes ni para ellos ni para las plantas y animales del campo y las ciudades. Era obvio que tenía que llegar la Revolución Planetaria vaticinada por T.R. Malthus en 1.801 como efecto de la carestía generalizada provocada por el exceso de población. Esa revolución (pacífica) y los acuerdos consensuados a duras penas en 30 años de congresos ecuménicos y deliberaciones internas en cada nación, dio como resultado la adopción del Estatuto General de la Tierra. Y este estatuto ordenaba, como obligación fundamental e ineludible la disminución radical del género humano, mediante el Ingreso de todo individuo mayor de 70 años en lo que mucho tiempo después vino a ser La Ciudadela; que en el comienzo era conocido como el lugar maldito al que se entraba por ley para no salir vivo. Por otra parte La Ciudadela admitía también a personas menores de 70 años, con ciertas enfermedades

previamente tipificadas e individuos creyentes de la eutanasia al estilo holandés. Y qué era esto del estilo holandés. Pues sólo se refería a que Holanda, hacia el año 2.000 fue el primer país que puso en práctica la eutanasia con previa aplicación de todos y cada uno de los Derechos Humanos, con todas las salvaguardas posibles a fin de evitar que se cometieran abusos

o crimen alguno como emergencia de la muerte piadosa. Un hombre sano de mente y de cuerpo tiene derecho a la vida plena, era la premisa única hasta entonces y un hombre enfermo tiene derecho a los tratamientos necesarios para curar o aliviar sus penas. Pero había otro derecho que nunca antes se había reclamado: un hombre sano de mente y cuerpo «tiene derecho a morir» libremente sin perjudicar a nadie.

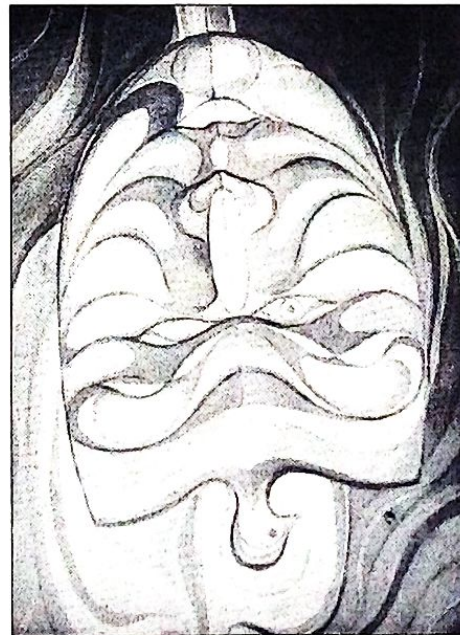
La CIUDADELA es un bello conjunto de edificios modernos, surcado por hermosas avenidas y plazas adornadas por árboles y flores. Es un lugar oculto del conglomerado, consta de enormes salas de máquinas misteriosas y laboratorios operados mayormente por los «hombres mecánicos» (robots de última generación capaces de ejecutar el 97% de las labores manuales del hombre corriente). Allí está ubicado lo que unos llaman El Laberinto y otros El Laboratorio del Final.

Es en estas bellas instalaciones en que entran los que no saldrán vivos, los patriotas setentones que nos donarán los valiosos ingredientes químicos señalados por Lawson, además de sus huesos, carne, pelos y todo el material que tienen el hombre vivo o muerto. Donación voluntariamente obligatoria (sic) que nos beneficia a los restantes 30.000 millones que ahora vivimos felicísimos en esta bendita Tierra. Los que nos salvamos del infierno anunciado por Malthus que creyó que llegaría el momento en que no habría alimento suficiente para tanta gente que irresponsablemente habían acumulado países «densos» como la India, la China con sus mil ochocientos millones, los rusos, los americanos y los panafricanos; naciones poco civilizadas que habían llenado de gente el globo hasta el extremo de darle razón la maldito inglés, predicador del desastre, preconizador de la extinción del género humano a causa de la virtual desaparición de comida y aire puro. Nada menos que la muerte en masa de toda la gente por hambre y asfixia.

Pues bien, finalmente y gracias a La Ciudadela, regida por voluntad férrea por nuestro amado e inmortal Estatúder, Los Doce, gigantes de la supervivencia, La Orden, justa y poderosa congregación para el bien de la humanidad y todos y cada uno de los que manejan los asuntos de la Tierra, asesorados por expertos biólogos, naturalistas, médicos, estadígrafos, hemos vencido a la muerte por saturación de seres vivos. Demos gracias infinitas al Estatuto General que ha hecho posible que hoy por hoy, finales del siglo XXXI, estemos presentes sólo los 30.000 millones viviendo con plena felicidad, libres de la miseria y del crimen. Y principalmente Aleluya por el Dr. Lawson y la pléyade de sabios que en sucesión de centurias de estudios y experimentación, nos dieran este mundo donde todos somos

menores de 70 años. Aleluya. Amén.

Hugo Mercado Ayala. (Cochabamba-1923).
Escritor. Reside en Oruro



Freddy Ayala Vallejos